

El informante

Carlos Liscano

El hombre ha estado internado en algún lugar, hospital o cárcel, durante muchos años, más de diez. Desde el comienzo se le ha pedido que informe por escrito. Después de un tiempo descubre que sus informes a nadie interesan, pero a la vez entiende que debe seguir escribiendo, porque si deja de hacerlo deja de existir. Entonces escribe cualquier cosa. Los papeles que aparecen son los informes que él ha escrito.

El personaje no tiene nombre, está vestido con ropa sin estilo definido, tiene una tela cosida sobre el pecho con un número borroso. Está en un patio de paredes blancas. Un colchón en el suelo y una almohada, un cajón junto al colchón, y papeles manuscritos sobre el cajón. Sobre el cajón tiene cajitas, pequeños objetos, que son su mundo, y que él arregla, cambia de lugar durante toda la obra. Todo da impresión de viejo, impersonal. El personaje, casi todo el tiempo moviéndose en torno al colchón, habla a una Comisión que ha venido a verlo. Tiene en la mano un paraguas sin tela, que abre y cierra, con el que apoya su discurso.

El violonchelista está en escena.

(Se oye el violonchelo. El personaje entra con el paraguas abierto. Recorre la escena. Cierra el paraguas. Fin de la música.)

A pedido de la comisión que se ocupa de mí voy a contar mi tragedia. Que no es larga, pero es una tragedia. Esta es mi tragedia (*Levantando los papeles que están sobre el cajón.*), parte de ella. Muchas veces empecé a contarla, y cada vez comencé diciendo que me habían pegado. Tal vez eso no estuvo bien, pero era la verdad. Me parecía importante empezar por la verdad. Un día yo volvía a casa. Paró una camioneta, bajaron tres individuos, me subieron y me trajeron.

Yo nunca he hecho nada a nadie. Nunca he hecho nada a nadie. Ni a favor ni en contra. No soy creyente. No me interesan las cuestiones raras. Yo pagaba el alquiler, iba al mercado y compraba carne, compraba vino, compraba pan, hacía cola cuando había que hacer cola... Tenía documentos, cantidad de papeles que probaban que yo era yo. Fui buen alumno en la escuela, nunca falté a clase. Después la vida me fue llevando por otros caminos. Hay diferentes caminos en la vida, yo he recorrido algunos. No los elegí. Uno elige un poco, no elige todo. Un camino se presenta, está ahí, uno lo toma. Después ve que no, que no era ese, prueba otro. A mí el camino me trajo hasta aquí.

En un tiempo estudié italiano, estudié cálculo. Nunca calculé, nunca pude hablar italiano, pero no hay que ver mal las cosas por eso. No es que tenga intención de quejarme, pero empezaron a pegarme desde que me metieron en la camioneta. También hubo baños de agua fría, eso es mucho peor. Desnudo, un chorro de agua...

Después de un mes o más en que hubo puñetazos y baños de agua fría, me pasaron a la Sala de Observación. Y luego a este patio. No sé qué fue de María, mi ex mujer. Nosotros nos casamos, son cosas que pasan. Al principio, sí, nos entendimos, no seré yo quien lo niegue. Ella era buena, yo lo reconozco. Pero después ya nada funcionaba. Nunca nos peleamos mucho, al estilo de tirar ollas, dar patadas, pero había problemas. Nos separamos.

Cuando llegué aquí yo tenía un reloj. Después desapareció. Nunca pude reconstruir en qué fecha vivo. Por eso me fabriqué un almanaque. Y lo empecé por el 20 de marzo, el día de mi cumpleaños. Fue una pequeña vanidad. Parece que uno necesita saber en qué día vive.

Muchas veces comencé y recomencé mi informe. Por estas intermediaciones más o menos yo siempre introduzco la cosa del reloj. (*Lento.*) Es así: por más que quisiera argumentarse, aquí son las tres. Fijemos este problema de una buena vez y para siempre y que no haya discusiones. Que no se me diga, que se cierren todas las bocas ante este asunto. Hay que tener algo fijo. Yo me establecí en las tres. Es un punto inmóvil que tengo y no permitiré que me lo muevan. No permitiré nada. Uno debe tener principios.

(*Retoma el ritmo anterior.*) Ahora bien, es mejor decir las cosas como son. No afirmemos, más vale no afirmemos. Uno habla, uno dice cosas, luego resulta que no todo es cierto, y uno ya lo dijo, ya es responsable. Solicito se me tome un poco así, un poco como yo soy.

Estaba en una esquina. Me trajeron, empezaron los golpes, el agua fría, alguna patada. No supe discernir, todo venía a la vez. Me pusieron

un colchón en el suelo. Era mi lugar, de ahí no debía moverme. Ellos venían, todavía vienen, me traen la comida.

Ahora pasemos a lo que de verdad importa. En la Sala de Observación me di cuenta de que me habían puesto un número. No sé en qué momento ocurrió lo del número, pero ¡sí que estuvo bueno! ¡Un número! Cantidad y no solo cualidad. Pasé a ser alguien. Antes todo era por señas, empujones. Ahora me llamaban por mi número.

Desde el comienzo me habían dicho que hablara. Después se les ocurrió que escribiera.

(Representa el diálogo.)

— ¿Cuánto escribo?

—Escriba todo.

—¿Todo?!

—Sí. Escriba cómo son los hechos, exactamente y con detalles.

—Pero yo no sé cómo son los hechos.

—Bueno, escriba lo que le parezca. Pero informe. O volveremos al principio.

Yo no quería volver al principio, el agua fría, etcétera. Así comencé los informes. Escribía todos los días uno y ellos venían y se lo llevaban. Me quedaba sin referencias, no sabía qué había escrito el día anterior, y volvía a escribir lo mismo. Nunca lograba avanzar.

Después se aburrieron y ya no se llevaban los informes tan a menudo. Era más entretenido. Yo informaba, contaba cualquier cosa. A veces volvían y cargaban con todos los papeles

¿Por qué me negué a hablar? Bien, no me negué ni cosas ni nada. Me trajeron, di todos los datos al entrar. Yo soy correcto. En mi juventud creía que era preferible que sobrara. Ahora veo el valor de lo justo, ni un poquito de más ni de menos. Solo lo necesario.

Mi historia es así. Soy de Piscis y se me exige que informe. Esas son mis coordenadas, diríamos, sin catástrofes ni especialidades notorias. Aquí el que dirige es El Rubio. No sé cómo se llama, pero llamémosle El Rubio. El Rubio decía que yo debía hablar. Y después que debía escribir. ¿De qué iba a hablar? No es que yo no supiera o no quisiera responder. No. Era que, yo me decía, ¿para qué hablar? Yo había llegado un poco alegre porque con Billy habíamos estado tomando un poco de vino. No un vicio; con Billy tomábamos una botella, un par de botellitas al día.

Yo me separé de María y me fui a vivir a la pieza de Billy. Abandoné el trabajo. No valía la pena ese tipo de vida civil de ocho horas por día. *(Camina mecánicamente alrededor del colchón. El violonchelo lo acompaña marcando el paso).* Uno se levanta, desayuna, toma el

ómnibus, viaja media hora. Llega, saluda, ¿Qué tal? Se sienta, mira los papeles, llama por teléfono, toma un café a las diez de la mañana. Almuerza. Al final sale, toma el ómnibus otra vez. Así durante cuarenta años.

(Pausa). La calle es mucho más entretenida. Billy juntaba cosas, tenía su carro, una bicicleta. Yo me hice socio de Billy. Así íbamos, juntando lo que se podía. La calle es dura, no todo lo dan regalado. *(Pausa.)*

Bueno, ahora estaba aquí.

El Rubio dijo que me trasladaran a la oficina. No me quejo, pero El Rubio pega que da gusto. No quiero alargarme con esto del garrote y lo otro y lo otro. Espero que se entienda así como lo digo: garrote, agua fría, etcétera. El Rubio ordenó que me dejaran hablar. *(Representa el diálogo).*

—El mundo es suyo, lo esperamos... No se haga problemas, diga todo... ¿Por qué no habla, qué le pasa?

—Prefiero que no me toque.

—Está bien, no se ponga así.

—Es que uno tiene derecho a que no lo estén tocando.

—Tiene razón. Trataremos de que no vuelva a ocurrir.

—Es lo que espero. Yo no he hecho nada. ¿Por qué estoy aquí?

—De eso se trata. Todos dicen lo mismo.

—¿Todos quiénes?

—No interesa. Usted hablará y no va a ocurrir nada.

—¿No será que me confunden? ¿Que además de confundirme me tocan?

—¡Usted elige!

Después empezaron dos amigos de El Rubio con una manguera de goma. Eso sí que fue inolvidable. Habían pasado meses y seguía doliéndome. Pero lo bueno fue, después de aquella jornada de manguera, que durante un tiempito no apareció nadie. *(Breve silencio).* Es increíble, uno empieza a pasarla bien, modestamente bien unos días, y ya se cree que es para toda la vida.

Un día apareció otra vez El Rubio. Vi que volvía el garrote, etcétera, y quise ganar tiempo.

(Representa el diálogo).

—¿De dónde nos conocemos?

—Se confunde.

—Créame que no.

—Déjese de cuentos y empiece a hablar.

—¡Pero qué quiere que le hable!

—Usted debe saberlo, por algo está aquí.

—¡No se mueva! ¡Hable, hable!

—Pero si no escucha, ¿cómo quiere que hable?

—Usted hable, ¡diga todo!

—¡Pero estoy hablando! ¿Oye que hablo? No me pegue porque duele.

—Para eso se le pega.

—¡Pero yo hablo!

—Y si no habla seguirá recibiendo.

Quería decirle a El Rubio que yo tenía un razonamiento para ofrecerle, si podíamos compartirlo. *(Camina y habla solo, reproduciendo la discusión con El Rubio. Luego explica el "razonamiento" usando dos de las cajitas que hay en el cajón: una cajita es el Rubio, otra es el personaje)*. Él me decía que me pegaba para que me doliera. Yo creía que me pegaba para que hablara. Él intentaba un ingreso indirecto a las cosas. Era un buen supuesto el suyo. Si yo me ponía a hablar él dejaría de pegarme, y a mí de dolerme. Era una vía no recta al entendimiento. Yo creía que con decirle que sufría era suficiente, porque eso es hablar, creo yo. Todo habría ido más rápido si él hubiera escuchado mi razonamiento. Un razonamiento es un hecho, una cosa, no hay que despreciar. Estoy dispuesto a conceder que la mitad de la razón le asistía, pero la otra mitad era mía.

Bueno antes, si no hablaba, se me pegaba. Ahora, si hablaba, también. Pero desde que me obligaron a escribir todo marchó por caminos más suaves.

(Pausa). Un día se llevaron los informes y a los diez minutos apareció El Rubio. Me aplicó toda la serie: patadas, garrote, manguera. Cuando se iba me tiró los papeles. *(Tira los papeles al suelo)*.

—Para que no vuelva a hacerse el inteligente.

(Toma un papel y lee recitando. El violonchelo lo sigue).

Composición "El océano".

En un tiempo yo pensaba que lo mejor era irse al océano, a una isla en el centro del océano, y allí buscar lo que hubiera. Uno supone que en el mundo existen cosas, yo creía en el océano y en la arena y en las rocas de mi isla. Entonces yo hablaba del viaje que haría al medio del océano, a todo el mundo decía que me iría. Empezaron a despedirme, me hacían fiestas. Un viaje tan largo, cuídate, me decían. Yo decía que no se preocuparan, allá se pasaba bien, todo era barato, había mucho sol, frutas en la playa, se podía pescar. En fin, todo cuanto respecta al océano fue una gran época.

(Breve silencio).

Ya ha pasado demasiado tiempo, todavía estoy aquí y siguen siendo las tres. Empecé por negarme, después me convino aceptar. Pero antes de obligarme a escribir yo ya había empezado a hablar. Dije todo lo que se me ocurrió. Vino un guardián:

—¡Cállese la boca!

Pasó un rato y me puse a silbar. *(Silba la Internacional y marcha alrededor)*. Enseguida apareció otro y dijo que silbar estaba prohibidísimo. Bien, tenía que encontrar algo para pasar el tiempo. Me acordé de cuando era un niño ridículo de orejas grandes, recordé una vez que me caí por una escalera, recordé cuando hace años me dejé crecer la barba, recordé que a María no le gustaba la barba. Creo que ella tenía una especial tendencia a la oposición.

(Se dirige a María).

—María, a vos se te está agriando la leche de tanto protestar.

—Grosero.

Se acostumbró a decirme grosero y al final era casi lo único que me decía. Me parecía poco creativo, repetir siempre la misma palabra. No es que yo no lo mereciera, acaso sí, pero hay otras palabras. Está cerdo, están todas esas invocaciones a la madre de uno.

Yo le expliqué que era mi derecho:

—María, la barba es una característica del sexo masculino.

Le pareció que rebasaba todos los límites de la grosería.

La verdad era que no me afeitaba porque no quería, pero vi que se trataba de un gran ahorro. A un promedio de quince minutos diarios, invertía casi cuatro días por año quitándome pelos de la cara. Los quince minutos que todos los días empleaba en afeitarme me quedaban para mi uso personal. *(Se sienta como frente al espejo)*.

Todas las mañanas me sentaba a ver si encontraba algo. Así di en rescatar recuerdos de antiguas afeitadas.

Un día encontré una afeitada de madrugada antes de ir a un velorio. Era estupendo ver cómo me afeitaba hacía veinte años a las tres de la mañana, cansado y con un poco de sentimiento.

Llegué a ver cómo mis hábitos habían ido variando. Al principio me afeitaba primero las patillas. Con los años había ido trasladando los comienzos desde la patilla al cuello. También apareció la dificultad para afeitarme debajo de la nariz, que siempre me producía cortes. O la primera vez que vi que me estaban creciendo esos pelos repugnantes dentro de las orejas, como yo había visto en los viejos. Había variedad, cambio, cierto progreso en mis hábitos.

Pero esta actitud mía hacia mi pasado provocó la reacción de mi mujer que no podía verme "haciendo nada". Traté de explicarle, pero ella ya sabía que yo era un grosero y toda explicación le parecía de más. De ese modo ella eliminaba toda posibilidad de leal confrontación de las ideas. No quería saber, no quería enterarse: yo era un grosero. Ella siempre me ganó todas las discusiones, pero yo había encontrado un camino para que sus victorias no fueran tan imponentes. Le discutía detalles mínimos, algún aspecto de la forma. Y así íbamos entrando más y más en lo secundario, hasta que nos empantanábamos, y ella se olvidaba de lo otro. O no se olvidaba, pero tenía tanto trabajo con el barro del nuevo tema que no le quedaban fuerzas para ir a la cosa central.

En el pantano yo era hábil, horas podíamos pasar sin avanzar un centímetro. Nunca lograba ocuparme una zona por completo. Su ambición la perjudicaba: quería derrotarme en toda la línea principal y también en las secundarias, para que no me quedara ni una bandera en alto. Pero yo era bueno en la resistencia. Y como tampoco en el punto menor le daba la razón, esto se transformaba para ella en una reivindicación fundamental. Y yo, siendo un grosero, como bien se sabía, me negaba a reconocer lo que hasta un idiota entiende.

Cuando acababa concediendo, porque así debían terminar nuestros intercambios, yo haciendo concesiones, al terminar la discusión ella estaba dispuesta a aceptar cualquier cosa con tal de salir de la basura en que estábamos. De ese modo volvíamos a un descanso de las armas que se parecía bastante al entendimiento. Pero no basta eso para vivir juntos, no bastan las discusiones y alguna pelea de vez en cuando, también hay que creer en algo.

(Se oyen series de ocho golpes, desordenados. El personaje busca con el oído, molesto).

Una vez tuve un amigo que daba puñetazos en la pared. Yo no entendía por qué y me daba rabia.

(Siguen los golpes). Un día di yo también un puñetazo y después seguí golpeando hasta que me dolió la mano.

(Golpea el cajón muchas veces. Acalla los otros golpes. Recorre el patio con la mirada).

Pero enseguida me di cuenta de que había sometido a mi vecino al silencio, y ahora no ocurría nada, ni siquiera podía pelearme. Entendí que el otro había querido comunicarse, hablar un poco. Lo llamé y nos reencontramos.

(Golpea tres veces el cajón y se oyen tres golpes como respuesta. Todo debe dar la idea de comunicación, diálogo a través de golpes).

Enseguida pasamos a la cortesía. Por la mañana él daba un golpe.

(Se oye un golpe).

Yo le daba otro. *(Golpea el cajón).*

Quería decir buenos días. Luego introdujimos otros golpes.

Yo golpeaba una vez. *(Golpea y queda escuchando).*

(Se oye un golpe).

Y yo: *(Golpea dos veces).*

Quería decir "¿Cómo estás?".

Enseguida me preguntaba cómo estaba yo. *(Se oyen dos golpes).*

Si era "bien", yo: *(Da un golpe).* Más o menos: *(Da tres golpes).* Mal" era: *(Da tres golpes más espaciados que los anteriores).*

La conversación se reanudaba cuando sentíamos olor a comida. El primero que la olía anunciaba con un *pa pa pa pá.* *(Golpea e imita el golpe).*

Noticias de urgencia podía haber en cualquier momento: *(Da un golpe seco) pac: ¡Alerta!*

A la noche nos despedíamos con: *(Golpea dos veces y se oyen dos golpes de respuesta).*

Después nos pusimos nombres. Empezó él diciéndome *(Se oyen cuatro golpes).* Cafuringa.

Yo le puse *(Golpea tres veces).* Repepé...

Cada día más en confianza. *(Breve silencio).*

Yo, pese a los años, todavía espero que algún día alguien me diga *(Se oyen ocho golpes).* "¡Cafuringa! ¿Cómo estás?"

Pero bien sé que ya nada volverá a ser como antes. Un día Repepé desapareció. *(Golpea llamando a Repepé y comienza a desesperarse).*

Nadie me respondió los buenos días. Cuando insistí vino un guardia a ver por qué golpeaba. Pasaron los días y comencé a extrañar a Repepé. Recordaba la época de los golpecitos.

(Se oyen seis golpecitos).

El saludo aquel *(Se oyen siete golpecitos).* "Qué duermas bien, Cafuringa" que él me deseaba por las noches.

Su estilo astuto de decir *Se oye un golpe seco).* "Alerta, Cafu".

Después habrán pasado no sé si meses o años. ¿Serían seis meses? ¿Seis años tal vez? Digamos tres años. Tres años no es mucho tiempo. Sí, tres años. A mí todo empezó a parecerme monótono, extrañaba a Billy, a María, a Repepé...

Fue en ese período que comencé a hacerme el loco. No a hacerme el loco para los demás sino para mí mismo, para introducir alguna variación en mi vida. Entonces el personal venía a ver qué hacía.

— ¡Vengan, vengan a ver! Éste ya anda volando, miren lo que hace.

(Se sienta en el colchón y recoge el paraguas).

Como loco yo hacía lo que podía. A ellos les gustaba y creo que así pasábamos entretenidos. De noche nunca me hice el loco, prefería dormir. Después de un tiempo me cansé. Yo quería hacer cosas pequeñas que yo sabía eran de loco porque me conozco. Al final era una obligación que yo tenía de hacerme el loco. Un día decidí terminar.

—Basta de comedia, vuelve a lo tuyo que no es mucho pero es seguro.
(Abre el paraguas).

Pero entonces ellos igual venían a ver:

— ¡Miren lo que hace el loco...! ¡Esto sí que es divertido, hoy no hace nada!...

(Se baja la luz. El personaje con el paraguas sobre la cabeza. Música de violonchelo. Hace una pausa. Cierra el paraguas y lo deja. Comienza a incorporarse. Busca en la altura con la vista y abre os brazos en actitud 'religiosa'.)

—Ha nacido un ángel.

— ¡¿Y eso?!

— El hombre allí, dice que ha nacido un ángel. ¿Qué me cuenta?

— ¿Pero qué significa?

— Significa que nació un ángel. Lo dice el hombre, no yo.

— Pero ¿y qué pasa?

— ¿Cómo qué pasa? Que nació un ángel, qué le va a hacer.

— ¿Y qué quiere decir con eso?

— ¿Pero no oye? Nació un ángel, ¿le parece poco?

A la guardia le gustaba. Cuando no se me ocurría nada repetía ¡El Nacimiento del Ángel tuvo un éxito...! Porque la cosa está en que, aunque uno no quiera, el ángel ha nacido.

— Ha nacido un ángel.

— ¡¿Y eso?!

— El hombre allí, dice que ha nacido un ángel. ¿Qué me cuenta?

— ¿Pero qué significa?

Se comprende, ¿verdad? No sé si ahora vale tanto como en sus mejores épocas. Es probable que no, pero fue de lo mejor, mis años dorados.

(Toma un papel al azar y lee al público).

Composición “Una vez por semana”

Debo informar que, sometido a leyes físicas y biológicas inexorables, a veces me masturbo. No mucho. Es decir, un poco, un rato. Hasta que la cosa ocurre, se entiende. Es sucio y pegajoso. Uno

tiene recuerdos, imágenes. Uno las elabora, las combina. Elige posiciones, zonas. Uno también se hace algo de trampa, no va directo al resultado, trata de sacarle el mejor partido a la vida. Al principio yo era un poco bestia, iba enseguida al grano. Ahora puedo estar horas en el juego, voy y vengo. En fin, no habré de extendirme sobre mi vida sexual. No lo hago muy a menudo, una vez al mes. A veces una por semana. Casi nunca tres días de corrido.

Una vez al mes es una dejadez.

Una vez por día es una porquería.

Una vez por semana
es una medida sana.

(Breve silencio. Recoge la almohada y medita con ella en la mano.)

Una vez me sorprendí mintiendo. Estuve despreciándome a partir de ese momento porque descubrí las tantas veces que antes había mentido. Vi que yo era una basura, un ser de nada. *(Arroja la almohada al suelo y la señala con desprecio y se siente despreciable)*. Valía menos que una bolsa de caca, una bolsa pequeña con caca vieja. Después dejé de despreciarme porque me estaba volviendo un degenerado. Había llegado a ponerme un poco pedante por verme tan despreciable.

(Recupera el ánimo y se transforma en acusador). Yo había mentido. Pero lo peor era que me había mentido a mí mismo. Después pensé: ¿quién soy yo para que no se me pueda mentir? Ya estaba empezando a despreciar a los demás porque no se despreciaban a sí mismos. Yo había estado sometiéndome durante años a un prolijo autodesprecio, por mentiroso y por otros asuntos. Pero los otros también tienen sus asuntos.

Porque todos saben acerca de los asuntos. Y que no se me discuta porque sí saben. Saben mucho de sus propios asuntos y son tan miserables que no se desprecian ni un centímetro. Los asuntos son mucho peores que las mentiras. Yo apenas mentía a otros, y un poco a mí de vez en cuando, pero no tenía muchos asuntos. *(Alza una bandera imaginaria)*. ¿Y todo el trabajo se me cargaba a mí y yo tenía que ir solo por el mundo con la bandera del autodesprecio?

Un día dije: "No va más", y dejé la bandera. *(Tira la bandera al suelo.)* *(Da un pequeño puntapié a la bolsa y luego sigue pegándole a cada afirmación)*. Ya vendrán tiempos de justicia en este mundo y veremos quién se despreció más. *(Puntapié)*. Quién se ha mentido más a sí mismo. *(Puntapié)*. Quién ha tenido más asuntos. *(Puntapié)*. Si se hizo concesiones respecto a las mentiras y a los asuntos. *(Puntapié)*. No creo que muchos se hayan despreciado tanto como yo lo hice en mis años éticos. *(Puntapié)* Años duros, *(Puntapié)* de obligación moral,

(*Puntapié*) para con los bienes ajenos, (*Puntapié*) para con las mayorías, (*Puntapié*) por respeto a las minorías, (*Puntapié*) Todo prohibiciones, (*Puntapié*) nunca un buen derecho, (*Puntapié*) Cuando algo me ha estado concedido es porque ya no tiene mayor interés y lo mejor está terriblemente prohibido.

Yo adquiría un compromiso y luego no me animaba a renunciar. Pero yo sentía que no me había obligado a eso para toda la vida. Pero yo debía mantenerlo, para que no se dijera que empeñaba la palabra y luego me desdecía. Pero si yo la había sostenido un año, diez años, ¿había o no derecho a bajarse del tren y seguir a pie?... Si yo había adquirido compromisos cuando tenía veinte años, y ahora tenía treinta, tenía cuarenta, a mí me parecía que yo no tenía por qué seguir atado a lo que había dicho aquel joven. Pero yo no puedo, tenía ganas de gritar, ¿no se ve que no puedo? Entonces yo ya estaba oliendo a rata, a traidor, un traidor a sus propias palabras. Yo era un inmoral.

Pese a todo, dos o tres veces en la vida he tenido que jurar por el honor, por *mi* honor. Con el honor de una persona no se juega. Cada vez que algo afecta mi honor dejo de prestarle atención. Así mantengo intacto el honor. Cuando encuentro algo poco moral en mi pasado lo cambio. Siempre prefiero no quedar sin pasado, ¡es mi historia!... Introduzco cambios en mi pasado con facilidad. A veces descubro un punto, solo un puntito. Entonces no requiere más que un toque, remover un detalle de lugar. Mientras no le doy el toque no estoy conforme.

Hay pasados que no me convienen. He tenido ratos de pasado obligatorio. Ni bien pude reacomodé las cosas. No es un bien cargar toda la vida con viejas miserias. Hacia adelante siempre es posible la salvación. No hay que competir por un pasado miserable. Pero uno es capaz de competir para ver quién tiene más ropa sucia en el pasado. Uno es capaz de retorcer toda su vida para poder ganarle a alguien, por ser el primero en la miseria. Pero no insistamos. (*Breve silencio*) Tomemos alguna otra cosa.

Desde hace no mucho se me permite salir del colchón, andar por el patio. Luego vuelvo a mi sitio y escribo. ¿Sobre qué? No sé. Paso todo el tiempo que puedo fuera del colchón. Gozo de mayores libertades. Es la expresión correcta. No existe *la libertad* sino permisos a los cuales uno accede temporalmente.

A veces me pregunto ¿dónde estoy? ¿Será ayer? Uno es lo que hace. Uno mira las cosas desde donde está y hace cosas y uno es eso y no hay más. Debería haber algo. Debería existir lo que uno hace más lo que

uno piensa, más *algo*. Pero parecería que con hacer y pensar ya hay bastante argumento. Y lo importante siempre es tener un argumento.

Aquí siguen siendo las tres. Continúo mintiéndome para seguir en marcha, para creer que marchó. No he dicho nada cierto en todos estos años. He mentido a todo el mundo. Acaso esto último también sea mentira. Pero aún avanzo. Parece que no me moviera, pero sí, hago lo posible, lo humanamente alcanzable.

(Pausa. Se dirige a la almohada que está en el suelo. El violonchelo toca Cumpleaños feliz. El personaje con la almohada en brazos. Cuando va a comenzar a hablar acaba la música)

El día de mi cumpleaños yo me hacía una pequeña fiesta. Trataba de imaginarme aquella noche, cuando nací. Mi madre debe de haber sido feliz, sufriente pero feliz. Un hijo, traer alguien al mundo, el futuro de la especie. Yo iba a ser el futuro, iba a realizar los sueños de mi madre, y de mi padre. Creo que no, creo que algo no anduvo, no ocurrió como debía. *(Breve silencio)*

(Pausa. Luego cambia de tono)

El Rubio y todos sus ayudantes estaban interesados en saber qué opinaba yo de este país.

(A partir de aquí representa el diálogo cada vez)

— Normalmente, no opino sobre el país.

— Bien, ¿pero qué opina ahora?

— Opino que está bien. A mí me parece que está bien.

— ¿No le parece que el país está hecho un desastre?

— Bueno, quizá antes estaba mejor.

— No, antes también estaba mal.

— Pero antes, ¿estaba peor que ahora? Porque si antes estaba peor y ahora estamos solo mal, entonces ahora estamos mejor.

— No, antes estaba mejor, pero igual era una porquería.

— Bueno, hay cosas que se deterioran. Pero mirando por encima, no está mal. Cuando yo nací el país ya estaba, uno más o menos lo conserva. El país no es mi cosa, yo no mando.

— No, el país es cosa de todos.

— Sí, pero es de unos más que de otros. El país es de los que tienen más. Si tienen más les corresponde un pedazo más grande de país.

Así siempre, yo defendiendo al país, que quizá podría estar mejor, que se yo, todo se puede mejorar. No aceptaban nada.

— ¿Era o no era antes un desastre este país? ¿Es o no es una gran calamidad ahora?

Si respondía que el país era un desastre antes y una catástrofe ahora, me decían que estaba contra el país. Si decía que el país estuvo bien, y

que ahora estaba tan bien que no había con qué compararlo, era casi peor.

—Yo no estoy habituado a pensar en algo tan grande como un país, soy más modesto. Yo pienso así: Billy y yo tenemos para comer hoy y para comer mañana. Hemos pagado el alquiler, podemos escuchar la radio, tomar un poco de vino. La cosa empieza pasado mañana, ahí ya no tendremos para comer. Entonces hay que pensar en por lo menos dos problemas: el alquiler del mes que viene y la comida de pasado mañana. Eso no es poco.

Un día probé lo contrario. Ellos decían que yo no me preocupaba por el país, que me daba lo mismo una cosa que otra. Intenté demostrarles que no, que es mejor que todo el mundo esté bien porque así es más aliviado estar mal. Si la gente está mal no tira nada a la basura, empieza la competencia por un pan viejo de la semana pasada.

Hablé del país, la patria, nuestros héroes y lo demás. El país marchaba, la gente elegía un partido, un presidente. Toda la banda, la música y el director. Siempre eran los mismos, las mismas familias, lo cual quería decir que la mayoría estaba conforme. La mayoría elegía:

(Tono grave, de discurso)

—Queremos que tal partido nos gobierne y que fulano sea presidente como lo fue su padre y su abuelo y el tío.

Estaba muy bien, que se eligiera. Siempre eran los mismos individuos, eso quería decir que la mayoría opinaba que hasta ahora todo había ido bien y así debía seguir.

No me fue bien con esta respuesta que podríamos llamar moral. Ellos opinaban que no había que hacer caso a la mayoría porque la mayoría no sabía qué quería, no sabía qué elegía.

Otra vez probé otro camino político-social. *(Levanta el cajón y lo transforma en mesa de orador. Se pone detrás de él y hace un “discurso político”, con estilo grandioso)*

—Compatriotas, este país es la más remierda que uno pueda concebir y yo no me explico cómo todavía puede existir un país así. Aquí no funcionan los ferrocarriles, no funcionan los hospitales, no funciona el correo, no funciona nada. Este país es una mierda porque no funciona. Pero además, compatriotas, hay algunos que tienen mucho, otros que tienen poco y algunos que no tienen nada. Los que gobiernan son la minoría que tiene mucho, lo cual quiere decir que la mayoría siempre los elige. La mayoría no tiene ningún interés en mejorar, y le gusta que la pisoteen, que la escupan y la meen. Por favor, obsérvese detenidamente el orden: pisoteen, escupan y meen.

A este país no vale la pena ni siquiera tirarlo abajo y empezar de cero; lo mejor sería venderlo por lo que den, y comprar otra cosa. Y si nadie quiere comprarlo hay que abandonarlo y buscar algo mejor. Uno no sabe qué pensar de la mayoría de este país que siempre elige a los mismos y todo se ha ido a la mierda. Es como si la mayoría tuviera un gusto especial por enmierdarse hasta los pelos. Este país, por lo que uno ve en la calle, está en guerra y la mayoría no se entera. Hay guerra para comer, para conseguir un médico, para sentarse en el ómnibus, para buscar trabajo. Hasta para conseguir un cajón de muerto hay guerra. Además este país, bendito lugar sobre el planeta, ha sido siempre así. Mi padre me decía que el país era ya una montaña de estiércol cuando él era niño; y mi abuelo decía lo mismo, pero lo remontaba a cuando su padre había nacido.

—Desde el principio hemos vivido en la montaña de cacona, hijo mío.

Yo pienso que no hay que hacer nada para cambiar este país, como hace la mayoría, que no hace nada. Porque la mayoría no es idiota y sabe bien que el país seguirá siendo una mierda quizá en los próximos cincuenta mil años y un poco más. Aun así, yo deseo gloria eterna a esa sabia mayoría que no se doblega ante nada y sigue adelante con su obra magna de liquidar definitivamente todo. O sea, repetí, que el país está como está no por culpa de alguna minoría sino por obra y gracia de la sagrada mayoría. Yo, señoras y señores no sé si pertenezco a la minoría o a la mayoría, pero que de todos modos estoy dispuesto a enfrentar el destino que nos toque en este país de la caca, ya sea yo de los más o de los menos. Punto. *(Deja el cajón en el lugar en que estaba. Cambia de tono)*

Pasé unos meses muy mal después de esta declaración de principios. Como ellos siempre estaban diciendo que todo era una mierda, yo pensé que ponderándoles la cosa se alegrarían. Pero lo tomaron muy mal, en sentido patriótico, y también personal.

Según ellos, de mis palabras se desprendía que todos en este país éramos una mierda. Siendo ellos parte del país, obvio que ellos eran lo que el país era. En eso la razón les asistía.

Pero que, en realidad, cuando se hablaba de mierda, decían, y abundaron en el tema. Porque al final caímos en el problema de definir los términos. *(Representa el diálogo)*

- ¿Qué es mierda? ¿Cualquier cosa es mierda?
- No, no cualquier cosa. Mierda son solo ciertas cosas.
- Bueno, ¿pero cuáles cosas? ¿Son cosas naturales o culturales? ¿Es la gente, eso llamado el pueblo?
- No, la gente no, por favor.

— Entonces ¿qué cosa es qué cosa aquí?

Al fin pudimos entrar en materia. Cuando se mencionaba la mierda, razonaban ellos, había que referirse solamente a una persona, un individuo, y ese era yo, la única mierda de este país y del mundo. Alguien que apestaba a kilómetros de distancia, no solo a caca, también a pichí, a mugre vieja, a vómito de mortadela con vino y a cama sudada. Que por gente como yo, decían, las cosas estaban como estaban.

Así se hacía justicia: Yo, la mierda. Era un valor con el que yo no había soñado, ni siquiera en los momentos de mayor vanidad, personificar solo en mí todo el sector de las materias fecales y similares del Universo.

Por tanto, a veces me pegaban por decir mucho, otras por decir poco, y también me pegaban si no decía nada. Esa era la causa de mi silencio cada vez que hacían preguntas. Es decir, la manguera y el resto. Nunca pude saber qué opinaban ellos, si había que transformar todo o exactamente lo contrario. *(Música de violonchelo. Aquí comienza el final. El personaje se da vuelta y se aleja. Luego regresa, pausadamente, con sufrimiento, muy envejecido. Fin de la música)*

Ahora bien, ya es demasiado tarde para averiguar qué piensan ellos. Yo he perdido la cuenta de los días. Hace mucho que no calculo. Aunque parezca mentira, dejé de calcular. Precisamente yo, que calcularía distancias, volúmenes, presupuestos, consumos. Hace unos días descubrí que tengo canas y se me cae el pelo. *(Breve silencio)* Este es un asunto en el que no debí meterme. Estoy harto de todo, ya nada me importa algo. Pero uno no es consecuente. Uno encuentra una verdad de ese tipo y no es capaz de llevarla hasta el final. A los pocos días cae otra vez en el engaño, comienza a vivir, no aprende nunca.

(Pausa. El personaje habla con gran dignidad)

Convengamos en que mañana es 20 de marzo. Hágaseme esa concesión, una fecha, un número. Había pensado terminar diciendo que yo había muerto, que ya bastaba de farsa. Pero no, todavía conservo ciertas ilusiones. Uno es iluso y no puede evitarlo. Digamos que mañana es mi cumpleaños, que es 20 de marzo. Espero que esto se me conceda... Sí, creo que se me concederá. Porque si no se me concede, en caso de que esto no se me concediera, entonces, me pregunto yo, ¿qué carajo hacemos aquí? *(Da la espalda al público como si se fuera. Luego vuelve)* ¿Qué carajo hacemos aquí? *(Se va. Música de violonchelo. Telón)*